"Id por todo el mundo"



EN 1863 se organizó la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, y se dio comienzo a un plan de evangelización para llevar el mensaje a todo el mundo. En ese tiempo sólo había un puñado de miembros —aproximadamente tres mil quinientos adventistas— en Nueva Inglaterra, Estados Unidos. Realmente se requirió mucha fe para emprender la tarea, cumplir el mandato divino de Jesucristo e ir por todo el mundo proclamando el pronto regreso de Jesús, estableciendo los principios bíblicos entre las naciones cristianas y paganas. Dios hizo maravillas con los que estuvieron listos a arriesgarlo todo a fin de realizar grandes cosas para Él.

Es conmovedor oír la historia de dedicación y sacrificio de aquellos primeros zapadores. Sin fondos, sin iglesias, sin escuelas, pero llenos de fe en Dios, dejaron cuanto tenían: su tiempo y dinero; sus casas y tierras, e incluso sus vidas.

Diez años después que fuera organizada la Asociación General, la feligresía estaba lo suficientemente fortalecida como para enviar al extranjero al primer misionero. En el año 1874 el pastor J. N. Andrews dejó su tierra natal para ir a Suiza. No pasó mucho tiempo antes de que más misioneros siguieran su ejemplo, yendo a otros lugares del mundo.

La tarea era inmensa. Llevó tiempo aprender nuevos idiomas, conocer a la gente y sus culturas. Los años pasaban y los pioneros iban muriendo uno tras otro. Cuando la señora Elena G. de White fue llamada al descanso, todavía no se había alcanzado una feligresía de doscientos mil miembros. Ninguno de ellos tuvo el privilegio de ver que nuestro movimiento mundial alcanzara un cuarto de

millón de feligreses. Para eso se necesitaron sesenta y dos largos años de trabajo arduo y sacrificio. Finalmente, en 1925 se alcanzó esa cifra, diez años después de la muerte de la mensajera del Señor.

El ejército de obreros y predicadores laicos activos creció. Se enviaron cientos de misioneros a todas partes del mundo. Pero surgió la pregunta: ¿Se necesitarían otros sesenta y dos años para alcanzar otros doscientos mil miembros? ¡Qué sorpresa! En solamente quince años más se realizó la obra que anteriormente había requerido sesenta y dos años, y en 1940 , la Iglesia Adventista contaba con 504,752 miembros y miles de amigos en nuestras Escuelas Sabáticas. ¡Maravillosa proeza! Pero según las promesas y predicciones de Dios, aún sucederían mayores cosas.

Los diez años siguientes añadieron a la iglesia otros doscientos cincuenta mil miembros y en 1950 nos gozamos con la grandiosa noticia: la Iglesia Adventista contaba con una feligresía de 756,712 miembros representando una viva y preciosa posesión de Dios. Al entrar ellos en acción, en menor tiempo se lograron mayores hazañas. Los cinco años siguientes —1950 a 1955— fueron dedicados completamente al evangelismo mundial, y en esos cinco años se alcanzó la misma membresía que durante los primeros sesenta y dos años: doscientos cincuenta mil. Ahora los adventistas procedían de toda nación y raza humana, hablando muchos y diferentes idiomas, pero creyendo en un solo mensaje. Ciertamente una iglesia viva [amante) no puede hacer otra cosa que crecer, y crecer rápidamente.

Actualmente hay más de veinte millones de miembros en nuestras Escuelas Sabáticas y más de quince millones de miembros de iglesia. Este crecimiento es un milagro moderno. «Adondequiera que usted vaya —dijo cierto capitán que había viajado por los siete océanos y conocía el mundo— hallará adventistas del séptimo día».

Si vamos al lugar más al norte donde pueda existir una ciudad, en Hammerfest, Noruega, encontraremos una iglesia adventista. Si nos trasladamos a la ciudad habitada más al sur en la zona austral de nuestro continente americano —Punta Arenas—, allí encontraremos también una iglesia adventista. Si vamos a lo más alto de los Andes, o penetramos en las tierras montañosas de Asia, allí también la encontraremos. Y si descendemos a las tierras más bajas y nos internamos en las selvas de todos los continentes del mundo, la Iglesia Adventista del Séptimo Día estará presente. Quien esto escribe escuchó su canto y su oración.

Esas iglesias pueden ser grandes, con una capacidad aproximada para tres mil personas o pueden ser edificios de simple bambú con congregaciones pequeñas, o estar distribuidas en grupos pequeños; pero están allí, llevando el mismo mensaje y predicando el mismo evangelio.

Hoy, Interamérica tiene más de tres millones de miembros de iglesia, sin contar los que solamente pertenecen a la Escuela Sabático. Creo que hemos hecho mucho como iglesia, pero podemos hacer más y mejor. Aún hay un mundo por alcanzar. Hay enormes ciudades, como el Distrito Federal, en México, que todavía no han sido alcanzadas completamente con el mensaje de salvación. Hay rincones en nuestra División que no han sido penetrados con el evangelio.

Hermanos, ¡avancemos en nuestra tarea de decirle al mundo que Cristo viene pronto!

Pr. Melchor Ferreyra
Director de Ministerios Personales
División Interamericana